

y del anciano Príamo nacido; y por encima de la hueste toda á Ajax tirando la acerada pica, errado fué su golpe; mas á Leuco (que era amigo de Ulíses, y valiente, y el cadáver á un lado retiraba) el cuerpo atravesó. De Simoisio al lado cayó Leuco, y el cadáver de la mano soltó. Pero en el alma Ulíses irritado por su muerte, atravesando las primeras filas de fulgente armadura revestido, marchó hácia el matador. Y cuando estuvo cerca ya, se paró; y á todas partes mirando entórnolo, su luciente lanza tiró. Retrocedieron los Troyanos cuando le vieron arrojar la pica, pero no en vano la arrojó. Viniera poco antes desde Abido, donde estaban las corredoras yeguas, Democonte, hijo también del Rey, pero bastardo; y éste fué á quien Ulíses, del amigo por la muerte irritado con su lanza hirió en la sien, y hasta la sien opuesta la punta penetró, y ambos sus ojos cubrió por siempre la tiniebla fría. Cayó, y al golpe retembló la tierra en derredor, y temeroso ruido sobre él hicieron al caer las armas, y cobardes huyeron los más fuertes adalides de Troya, y el famoso Héctor también retrocedió. Los Griegos grande alzaron clamor, y á sus escuadras retiraron los muertos, y ganando iban terreno; mas airado Apolo, desde Pérgamo viéndolos, en altas voces así decía á los Troyanos:

«¡Teucros valientes! embestid; no ahora cedais en la batalla á los Aquivos. »No es de piedra su campo ni de bronce, »ni invulnerable á las cortantes armas; »ni hoy Aquiles pelea, el valeroso »hijo de Tétis: roedor agravio devora, retirado á sus bajeles.»

Así el terrible Dios desde el alcázar gritaba de Ilion; pero á los Griegos aguijaba Minerva, por las filas corriendo adonde vía que aflojaban.

Entónces fué cuando la negra muerte

dentro su red aprisionó á Dióres, hijo de Amarinceo, que alcanzado de la pierna derecha en el tobillo con una grande piedra puntiaguda que le tiró el caudillo de los Tracios, Piroó, hijo de Imbrasio, ambos tendones y hasta los huesos la insolente piedra le hizo pedazos. En la arena el triste caído, á sus valientes compañeros ambas manos tendía desmayado; pero el mismo adalid que con la piedra le hiriera, corrió á él, y con la pica le abrió por medio el vientre y las entrañas todas en tierra derramadas fueron, y eterna sombra oscureció sus ojos.

Mas cuando alegre el matador volvía á sus legiones, le alcanzó Toante, jefe de los Etolos, con su lanza; y atravesando el pecho, en los pulmones el hierro se clavó. Corrió el Etole hácia el herido, y la robusta pica arrancó de su pecho, y desnudando la cortadora espada y por el medio abriéndole del vientre, de la vida le despojó. De las brillantes armas despojarle no pudo; que á su lado estaban sus valientes compañeros los Tracios, que la rubia cabellera sólo dejan crecer en la más alta parte de la cabeza y largas picas usan en las batallas. Y á Toante, por más que fuera corpulento, y fuerte, y valeroso, de su escuadra mucho alejaron; y el héroe hácia la suya, á la fuerza cediendo mal su grado, se retiró cejando lentamente.

Así tendidos en el polvo, cerca uno de otro, quedaron los caudillos de los fuertes Epeos y los Tracios, y á su lado otros muchos combatientes también murieron de las dos escuadras.

Y el campeón que sin estar herido por pica ó por espada recorriese las filas, conducido por la mano de Pálas, que las flechas alejara, cobardes no diría á los guerreros: porque de los Aquivos y Troyanos muchos en este choque sobre el césped, cerca uno de otro, derribados fueron.

LIBRO QUINTO

ARGUMENTO

Diomedes por Minerva protegido hace un cruel estrago enfurecido. No solo á los mortales hiere fiero, sino á Venus y á Marte dios guerrero. Quiere dar muerte á Eneas audazmente, y Apolo se lo lleva de repente.



ENTÓNCES fué cuando infundió Minerva á Diomedes, el hijo de Tideo, osadía y valor porque brillara entre los Griegos todos y este día gloria mucha alcanzase: y de su yelmo hizo y escudo que luciente llama saliera sin cesar. Como de otoño el astro centellea radiante, despues que se ha bañado en las cor-del Oceano; tal de su cabeza [rientes y sus hombros el héroe despedía inmenso resplandor, cuando la Diosa le inspiró que valiente penetrase por lo más recio de la gran batalla.

Hubo en Troya un varon esclarecido, Dáres llamado, rico y sacerdote de Vulcano, y por hijos á Fegeo y á Ideo tuvo, diestros campeones en toda suerte de armas y peleas; y entónces de su escuadra adelantados y en un carro subidos, á Diomedes salieron á encontrar, y él desde tierra á pié los esperó. Cuando estuvieron cerca del héroe, la robusta lanza Fegeo le tiró, que por encima del hombro izquierdo sin haberle herido

rápida se alejó. Lanzó la suya el hijo de Tideo, y por su diestra no fué en vano arrojada; que en el pecho hirió al valiente jóven, y del carro le derribó. Despavorido Ideo, saltó en la arena, abandonó el hermoso carro y huyó veloz; ni osó el cadáver defender del hermano, y si esperara, él muriera también. Pero Vulcano, de niebla oscura habiéndole cubierto, le sacó de la lid y compasivo la vida le salvó, porque no fuese la pena del anciano tan amarga. Cogió entónces del freno los bridones regocijado el hijo de Tideo y los dió á sus donceles, y á las naves mandó que los llevaran. Los Troyanos, cuando vieron que así de los dos hijos de Dáres, uno huía y otro muerto quedaba entre los carros, en tristeza cayeron y temor; y luégo Pálas al furibundo Marte de la mano asió, y le dijo en voces halagüeñas:

«¡Marte, Marte, enemigo de los hombres, »teñido en sangre, arruinador de muros; »¿No será, di, mejor que á los Aquivos

»y Troyanos dejemos, y que solos
 »combatan entre sí, porque se vea
 »á quien el padre Jove la victoria
 »concede, y que nosotros, del combate
 »retirados ahora, del Saturnio
 »la vengativa cólera evitemos?»

Dijo la Diosa, y al terrible Marte
 de la liza sacó; y á la ribera
 del Escamandro, sobre verde césped
 le llevó á reposar. Así los Griegos
 en desórden y fuga al enemigo
 pusieron, y cada uno de los Jefes
 á un campeón mató de los Troyanos.

El Rey Agamenon mató el primero
 á Hodío, alto de talla y valeroso
 adalid de los fuertes Alizones.
 Miétras Hodío para huir la espalda
 volvía acobardado, entre los hombros
 la aguda lanza le escondió el Atrida
 hasta que al otro lado por el pecho
 salió la punta. Moribundo el héroe
 desde la silla del brillante carro
 cayó en el polvo, retembló la tierra
 en derredor, y temeroso ruido
 sobre él hicieron al caer las armas.

Quitó despues la vida Idomeneo
 á Festo, hijo de Boro, que de Tarne,
 opulenta ciudad de la Meonia,
 fuera venido, y presuroso al carro
 subía entónces ya; pero en el hombro
 derecho le clavó su larga pica
 el ínclito lancero Idomeneo.
 Cayó del carro, y la funesta sombra
 le cercó de la muerte, y la armadura
 le quitaron del Rey los escuderos.

Al diestro en cacerías Escamandrio,
 hijo de Estrófió, con aguda lanza
 dió la muerte el Atrida Menelao.
 Era el Troyano cazador famoso,
 y la misma Diana le enseñara
 á herir certero cuantas fieras cria
 de los bosques umbríos la espesura;
 pero entónces inútiles le fueran
 la deidad en saetas poderosa
 y la pericia en arrojar de léjos
 las flechas, en que á todos excedía.
 Porque el fuerte adalid de los Aquivos,
 de quien él iba huyendo, entre los hombros
 le atravesó la espalda con la pica,
 y por el pecho le salió la punta.

Cayó en la arena, y temeroso ruido
 sobre él hicieron al caer las armas.

Meriones tambien mató á Fereclo,
 nacido de un artífice famoso
 Harmónides llamado. Aprendió el hijo
 el arte de su padre y fabricaba
 él por su mano con destreza suma,
 cuantas el arte máquinas admira,
 porque fué de Minerva muy amado.
 Y él fuera el que de París los bajeles
 construyó, que la causa lastimosa
 y origen fueron de los males todos
 que más tarde sufrieron los Troyanos,
 y él mismo; porque entónces no sabía
 la suerte que los Dioses reservaban
 á su mísera patria. A este Troyano
 Meriónés en la fuga perseguía;
 y habiéndole alcanzado, con su lanza
 le atravesó por el ijar derecho;
 y cayendo en la arena de rodillas,
 triste se lamentaba, y con su manto
 en torno le cubrió la negra muerte.

Quitó la vida Mégés á Pedeo,
 un hijo de Antenor. Era bastardo,
 y con igual cariño que á los suyos
 oficiosa Teano le criara
 por amor á su esposo; pero entónces
 el esforzado Mégés de Fileo,
 acercándose á él, la aguda pica
 le metió por la nuca, y la cabeza
 atravesando, por la misma boca
 salió, y la lengua le cortó el acero
 cerca de la raíz. Cayó en el polvo
 el campeón Troyano, y con los dientes
 mordía en su dolor el hierro frio.

Eurípilo tambien quitó la vida
 al valiente Ipsenor, el hijo claro
 de Dolopion, antiguo sacerdote
 de la deidad del Simois y acatado
 al igual de los Dioses por el pueblo.
 Iba huyendo Ipsenor, y le seguía
 el valeroso Eurípilo á carrera;
 y habiéndole alcanzado, sobre el hombro
 le dió tan recio golpe con su espada,
 que, cortado á cercen, cayó en la arena
 teñido en sangre el poderoso brazo,
 y pronto la tiniebla de la muerte
 al infeliz oscureció los ojos;
 que así lo quiso inexorable el hado.

Tan valientes los Griegos combatían;

pero entre todos de Tideo el hijo
 discernir no pudieras si al troyano
 escuadron defendía, ó al aqueo.
 Con tal ardor el campo de batalla
 furioso recorría, semejante
 al hinchado torrente impetuoso
 que los puentes derriba sin que puedan
 los diques detenerle y valladares,
 cuando acrecido por celeste lluvia
 anega de repente las campiñas,
 arrastra undoso las doradas mieses,
 y de los labradores el trabajo
 en un punto deshace. Tal ahora
 el hijo de Tideo derribaba
 escuadrones enteros de Troyanos,
 y esperarle no osaban, aunque fuesen
 muchos contra uno solo reunidos.

De Licaon el hijo valeroso
 vió que Dioménes por la gran llanura
 corría furibundo, y las falanges
 troyanas de él huían pavorosas;
 y el retorcido ballestón armando,
 le disparó una flecha y logró herirle
 cuando más animoso combatía.
 Junto al hombro derecho entró la punta
 por el hueco que hacía la coraza
 y enfrente se clavó, y enrojecido
 el arnés fué por la purpúrea sangre
 que salió de la herida. Y el valiente
 Pándaro á los Troyanos campeones
 alegre dijo, cuando vió del Griego
 en sangre tintas las brillantes armas:

«¡Acometed, Troyanos valerosos!
 »volved ya los bridones; que está herido
 »el más fuerte de todos los Aqueos,
 »ni largo tiempo ya de la saeta
 »resistirá al poder. Sí, yo lo digo;
 »y creerme podeis, si es que de Apolo
 »seguí la inspiracion cuando de Licia
 »salí para esta guerra.» Así, engañado,
 Pándaro les decia; que la flecha
 del aliento vital no despojara
 al hijo belicoso de Tideo.
 Pero viéndose herido, del combate
 se retiró; y llegado donde estaban
 su carro y sus bridones, se detuvo
 y á Esténelo decia: «Baja presto
 »del carro, amigo, y la aguzada flecha
 »saca del hombro en que clavada viene.»

Así dijo, y Esténelo del carro

saltó veloz; y la acerada punta,
 que muy dentro del hombro penetrara,
 le sacó, y de la herida en larga vena
 corrió la sangre y el arnés lucido
 inundó todo. Al verla Diomédes,
 esta plegaria dirigió á Minerva:

«¡Hija fuerte de Jove! oye mi ruego.
 »Si á mi padre y á mí nos amparaste
 »alguna vez en las sangrientas lides,
 »mirame cariñosa en este dia.
 »Dame que en la batalla ese Troyano
 »que en arrojó feliz así me ha herido,
 »y jactancioso se gloria y dice
 »que ya no veré más la luz hermosa
 »del sol, se acerque donde yo le alcance
 »con la pica y le mate por mi mano.»

Oyó Minerva sus dolientes voces;
 y á sus manos, y piés, y cuerpo todo
 restituyó la agilidad primera,
 y acercándose á él, así le dijo:

«Combate sin temor á los Troyanos;
 »que yo infundo en tu pecho la pujanza
 »y el valor que tenía en la pelea
 »Tideo, el animoso y aguerrido
 »adalid; y separo de tus ojos
 »la niebla que hasta ahora los cubria,
 »y distinguir podrás en la batalla
 »hombres y Dioses. Si probar quisiere
 »algun Dios tu valor, no temerario
 »combatas con los otros inmortales;
 »pero si Vénus á la lid viniese,
 »no herirla temas con agudo hierro.»
 Dijo la Diosa, y se alejó del campo.

Marchó otra vez el hijo de Tideo,
 y entre los más famosos adalides
 de los Troyanos penetró valiente;
 y si ántes con ardor acometía,
 tres veces más brioso entraba ahora
 en la terrible lid. Como, si hiere
 levemente al leon y no le mata
 el pastor al entrar en el establo
 de lanudas ovejas, irritarle
 consigue solamente, y no pudiendo
 lanzarle del redil, acobardado
 en la choza se oculta, y las ovejas
 despavoridas huyen y hacinadas
 unas sobre otras moribundas caen,
 y ya, cansada de matar, la fiera
 el establo abandona; así Diomédes
 acometió furioso á los Troyanos.